

ADOPTAR

diálogos de la “espera activa”

Silvana Bloch

ADOPTAR
diálogos de la “espera activa”

Bloch, Silvana

Adoptar, diálogos de la espera activa / Silvana Bloch. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2025.

202 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-910-5

1. Adopción . 2. Historia de Familias. I. Título.

CDD 346.0178

Corrección de textos: Lucila Venerus Resa

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez

Maquetación interior: Lorena Blanco

Coordinación editorial: Juan Carlos Ciccolella

© Silvana Bloch

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-910-5

© 2025 Lugar Editorial S. A.

(C1237ABN) Castro Barros 1754

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555

WhatsApp 11-2866-1663

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

lugareditorialdigital publica.la

facebook.com/Lugareditorial

instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Agradecimientos

A Ari, mi compañero de vida desde hace varias décadas. Por su constante reconocimiento hacia mi trabajo y por motivarme a escribir como una vía para comunicar historias *y así* iluminar el camino de muchas personas.

A mis tres hijos por haberme enseñado a ser mamá y alimentar nuestro amor a cada paso, aunque la geografía se interponga.

A mis padres, por haberme dado la oportunidad de ir tras mis sueños, algo que nunca dejaré de hacer.

A Leonor Wainer por unirnos en el libro *ADOPTARnos*, sello del trabajo compartido con las familias que recurrieron a Anidar Asociación Civil.

A Karina Maccio por ser mi guía literaria y brindarse con el corazón.

Índice

Introducción.....	9
Avenida de Mayo.....	13
Julia	19
El mar y la arena	23
Fabianita	27
Deseo de adoptar	37
El proyecto de adopción	47
Malena y Paulo.....	57
Reunión con Mauro y Mónica.....	67
Mi último intento.....	77
Un corte, una quebrada y el pan abajo del brazo	87
Disponibilidad adoptiva.....	95
Plaza de Pappo	101
La empatía es una danza.....	111
Vínculos de origen y vínculos nuevos.....	115
A Felicia la salvó el timbre.....	121
Mientras tanto, los chicos esperan	127
Fabi y Aldo. Al ritmo del pandeiro	133

La identidad de origen	139
El universo de las emociones	147
Llamado del juzgado.....	151
Volver a sentir el cuerpo, salir de la pandemia.....	157
Adoptar niños grandes.....	167
Convertirnos en familia	175
El proyecto adoptivo monoparental.....	179
La cuenta regresiva para conocernos.....	187
Primer encuentro	193
Vinculación y guarda preadoptiva	197

Introducción

Adoptar es, sin duda, armar familia por un camino diferente y, en ocasiones, arduo. Requiere de mucha información, así como de animarse a romper mitos.

Estas líneas reúnen escenas y diálogos de la etapa de preparación para adoptar un niño, sea pequeño o grande, llenando de contenidos reales y nutritivos para quienes desean transformarse en familia.

Solemos caer en la crítica al trámite, a los procesos burocráticos o a la búsqueda de mayor eficiencia por parte de los organismos, cuando en realidad esos pueden ser solo una fachada de los verdaderos desafíos para llegar a mejores resultados en los procesos adoptivos.

El contenido de esta entrega literaria refleja las búsquedas que realizan las familias en el camino de preparación para la adopción, brindando información y orientación relevante de gran ayuda. De la mano de los protagonistas y sus historias podrán reunir más herramientas para sostener la mochila que cargan los chicos.

Todos deseamos que ellos esperen muy poco tiempo en las instituciones y que, pronto, una familia los aloje, los ahíje, los cuide, los nutra y los integre con amor para siempre.

Agradezco formar parte del equipo interdisciplinario de Anidar Asociación Civil donde acompaño procesos adoptivos

desde 2011. Valoro cada experiencia y el haberme colmado de emociones que dejaron huella en mí, les agradezco a las familias y en especial a los chicos, por haber sido la génesis de este libro. Una obra que fue posible con el apoyo de mi familia, compañeras de trabajo y amigas/os.

Vayan entonces estas páginas a sintonizar con quienes piensan en ser familia por adopción para que logren transformar ese deseo en una historia real.

–A ver... ¿Qué te pasa con la decisión de adoptar?

–¡Qué sé yo! ¡Es una odisea!

–¿Te asusta el trámite?

–Es que no sé por dónde empezar...

–Me parece que es solo un trámite...

–¡Quiero ser madre!

–Me lo imagino y me da vértigo...

–Será un salto enorme convertirnos en familia.

–¡Avanzaaaa! ¡Vos podés!

–¿Y la espera?

–Por ahí, adoptar no sea solo esperar... Podrías quedarte corta pensándolo así... Leé... Investigá... ¡Preguntame lo que quieras, amiga!

Avenida de Mayo

La metrópolis porteña se derretía bajo un sol abrasador. Iba caminando al trabajo sobre la Avenida de Mayo. Apuré el paso con la intención de protegerme debajo de algún alero. El asfalto hirviendo atravesaba las suelas. “*Como para freír un huevo*”, algo que decía la mamá de Lili, mi amiga de la infancia. Teníamos la risa fácil y cada vez que repetía la misma cantinela nos descostillábamos. Angelita, se llamaba. Su nombre no se ajustaba a su forma de ser, tono de voz exigente y una mueca de enojo en la comisura de sus labios. La recuerdo persiguiendo a sus hijos adolescentes alrededor de la mesa del comedor, empuñando una escoba, por alguna travesura que habían hecho.

Por más que lo intento, tengo borrado en mi memoria qué pasaba con ellos después, ya que nosotras subíamos al cuarto de mi amiga. Esa era nuestra guarida para escuchar los discos de los Beatles. Nos sumergíamos en el mundo mágico del cuarteto inglés hasta la hora de cenar. Lili tenía toda la colección, ya que su papá trabajaba en una discográfica. Aprendíamos las letras de memoria: “*Michelle my belle son le mo qui botrebienan son lalalala*”. Cantarla sin importar si era la letra verdadera. Hace un par de años logré visitar Liverpool, al norte de Inglaterra. Caminar esas calles fue una manera de sellar mi pacto amoroso con la banda pionera. Respirar el mismo aire de aquellos creadores fue revelador, aunque, a decir verdad, me sorprendió su clima cambiante. En pleno

verano, a lo largo del día había viento, lluvia y calor agobiante. Eso sí, imposible olvidar los atardeceres dorados sobre el mar.

Y Buenos Aires, la *Reina del Plata*, padecía un calor agobiante. Los efectos del fenómeno del Niño eran inconfundibles en ese recién estrenado diciembre de 2018. El centro urbano era una olla a presión. Efervesciente, caótico por el ruido ensordecedor del tráfico y por las expresiones agitadas de las personas que deambulan por ahí. El vaho proveniente de inmensos tachos de basura irrumpía mis sentidos. El vaho irrumpía mis sentidos y desbordaba en mí emociones negativas. Adelanté un par de cuadras más persiguiendo la sombra, hasta que mi hombro derecho rozó la pared debajo de un alero en una edificación de la Manzana de las Luces. Recién ahí, mi agitación comenzó a disminuir. Había poco tráfico y los sonidos de las aves sobrevolando se oían con nitidez. Frente a la entrada del edificio del Cabildo resonaron las primeras notas de la canción patria “Saludo a la bandera”: “Salve, Argentina, bandera azul y blanca, jirón del cielo en donde impera el sol...”. En puntas de pie me deslicé hasta llegar a sortear a los uniformados del Regimiento de Patricios de Buenos Aires. Pude asomarme a observar el interior del recinto, donde un destello de luz me encandiló, replicándose en el mar de guardapolvos blancos sobre los que se abrían redondas bocas cantoras. Detrás de mí, percibí que se iba sumando gente. Me sentí incómoda. La transpiración se me derramaba desde la frente irritándome los ojos. A ciegas, busqué en la cartera un pañuelo de papel, mientras mis pupilas no se despegaban de la escena coral. Enseguida me sorprendió una mujer:

—¡Fijate! ¡Son los pibes del orfanato de San Telmo! ¡Los obligan a cantar con esos delantales y este calor! —expidió enardecida.

Busqué el contacto con la voz. Encontré un rostro pálido y anguloso. La mujer entrada en años, gesto de fastidio en su boca carnosa pintada en un intenso carmesí y ojos delineados. ¿Habría interpretado mi gesto como señal de aprobación? Puso punto final a sus dichos y al notar que sus pupilas iban siguiéndome, me sentí incomoda.

El bullicio del entorno se desvaneció, entonces recordé el inmenso salón de actos de la primaria, donde Lili y yo nos mirábamos de costado cantando como en automático. Al cabo de unos instantes, todavía aturdida, volví al presente. Giré y me encaminé hacia la salida, hasta toparme con la pequeña escalinata. Desorientada frené la marcha un momento, buscando regular el ritmo de mi respiración, justo cuando me sacudió el sonido del cruce para ciegos. Me apuré a tomar la senda peatonal en dirección a la oficina. Todavía enhebrada en la confusión, los pensamientos se enroscaban sin freno, agitándose a cada paso. En época universitaria, fui voluntaria en un hogar convivencial para niños, una experiencia que se aferró a mi corazón. Los chicos tenían su rutina en un espacio muy reducido, lo monótono del día a día se conjugaba con el hacinamiento. Semillero de roces, conflictos. Además, era poca la cantidad de operadores en cada turno, rostros que los denotaban sobreexigidos en las tareas de cuidado. Y los niños vestidos con ropas muy pequeñas, o muy grandes, para sus talles. Los observaba, quizás buscando algún brillo en sus ojos, de curiosidad o alguna señal que develara sus sueños por cumplir. Me preguntaba qué ideas acunaban en sus cabecitas, si pensaban y esperaban con ansias (re)unirse con su familia. Esas imágenes las vi con mis propios ojos. Al terminar mi periodo ahí, me quedaron impresos esos cuerpitos manchados de dolor y deseé para ellos que muy pronto se sintieran amados.

Pensaba en Julian Lennon esperando a su exitoso padre volver de gira, deseando atrapar su mirada, su atención. Esa espera desesperada por la incertidumbre y la falta de respuesta. John, como a tantos otros que han sufrido una pérdida dolorosa a temprana edad, les cuesta recuperarse y ese lugar de hijo, a veces queda tan fijado que volcarse a ser padre podría estar fuera de plano. Más aun, volviendo a John, me lamentaba que, al formar pareja con Yoko, ese vínculo haya eclipsado toda la capacidad afectiva que él tenía para su hijo. Poca o mucha, sin poder reverberar, quedó congelada.

Hacía un tiempo que la idea de adoptar me visitaba. Una forma posible de ser madre. Muy lento, pero profundo, había ido tallando y comenzaba a despegar de ser un sueño para convertirse en un proyecto real. El deseo perfecto e impalpable había echado raíz. Un latido tenue, pero constante, crecía, atravesando cada una de las capas de mi piel, desplegando alas a la ilusión por llegar a cobijar en mis brazos la ternura de un hijo. Corría diciembre, la atmósfera festiva aumentaba y me irritaba a medida que se acercaba fin de año. Angustiada. Abatida. Sensible. Frágil ante cuanta vibración negativa circulaba en el ambiente, percibía oscuridad a plena luz. Así deambulé en busca de algún bocado gratificador. Atravesé un par de cuadras más hasta toparme con el bar de siempre.

—Buen día, dos *medialunes*, por favor.

El mozo estaba parado detrás del mostrador deslizando el trapo rejilla desmechado. Alzó la vista, al tiempo que abrió su boca dejando ver varios orificios sin dientes, y lanzó una carcajada larguísima. Al final, agitado y sutil, preguntó:

—¿*Medialunes*?

Me quedé mirando.

—Dijo *medialunes* en lugar de medialunas.

Mi lapsus pareció ser gracioso para el hombre. Aún no podía hacerme eco de pequeños grandes gestos. Pagué y salí. Se había hecho la hora de ingreso al trabajo, momento de poner la huella en el reloj. Arrancar la rutina.

Ingresé al edificio y me topé con el escobillón largo y peludo que arrastraba un montículo de aserrín, mis tacos sonaban en el piso recién lustrado y el perfume a hotel barato me invadió. La oficina funcionaba en una vieja mansión, que habría sido de algún patriota. Quedó cedida cuando pasó a mejor vida. El ascensor, antiguo, de esos con puerta tijera, estaba detenido en el tercer piso, por lo que no quedaba otra que subir por las escaleras. Peldaños altos, y algo resbaladizos, de mármol blanco. El caserón estaba muy silencioso, la manera de saber dónde había gente trabajando era descubrir los aires acondicionados encendidos.

Cada día en la oficina pasaba inanimado. Cuando daban las cinco de la tarde, buscaba la peatonal que conducía al añoso campanario. Su sonido era la bisagra que marcaba el regreso a casa. Una frontera. El puntapié desde donde podría enroscarme y ser mi propio ovillo. Con ansias me dirigía a recogerme en mi sillón, la pausa necesaria para recuperarme y sintonizar con mi ritmo interno. Saborear una cena lo suficientemente capaz de brindarme un mimo. En verdad, muchas veces el ritual del alimento pasaba como inadvertido con algún trozo de verdura marchita, o una fruta salvada del fondo de la heladera. Entonces ganaba el sopor. Desconexión.